

alzado su voz para condenar el infame negocio de la compra y venta del hombre por el hombre [1].

Señores: yo saludo con respeto á los representantes de las grandes naciones de Europa, que firmaron, en Londres, el famoso tratado contra el tráfico de los negros; pero, permitidme, igualmente, que tribute el homenaje de una entusiasta admiración á los ilustres obispos ingleses, que reunidos en concilio, en la misma ciudad de Londres, siete siglos antes, prohibieron el abominable tráfico de hombres, que se hacía en Inglaterra [2]. No había llegado el tiempo, señores, en que Isabel reina y Papisa de Inglaterra, favoreciera la esclavitud, en las costas africanas; y en que los más valerosos marinos protestantes mancharan sus insignias con el tráfico de esclavos en España y sus colonias [3]. Mas remota estaba todavía la época en que los revolucionarios franceses arrojaron á la faz del mundo la sangrienta ironía de los derechos del hombre y decapitaron á los reyes, á los nobles y á los sacerdotes, para establecer la igualdad, entre todos los hombres.

Corramos un velo sobre estas páginas de sangre y de vergüenza, y reconozcamos que la Iglesia se ha adelantado siempre á las nobles conquistas del espíritu humano; y ha abierto con invencible paciencia fáciles caminos á todos los progresos legítimos de la humanidad.

¡Gloria á la doctrina, que ha devuelto al hombre la dignidad sublime y la libertad santa de los hijos de Dios!

[1] Letras apostólicas de Pío II, en 1482; de Paulo III en 1573; de Urbano 8o. en 1633; de Benedicto 14 en 1741; de Pío 7o. y Gregorio 16, en el presente siglo.

[2] Concilio de Londres, del siglo 12.

[3] Hawkins, Drake, Cavendish.

II

La Iglesia, señores, á imitación del divino Maestro, ha enaltecido y dado eficacia á su enseñanza, con los más admirables ejemplos. [1].

Poseída y atormentada por la sublime pasión del amor á los hombres, la habéis visto humillar la frente soberbia de los poderosos del mundo, ante los desheredados de la fortuna; ablandar la dureza egoísta del corazón humano, para hacerlo sensible á las lágrimas y á los dolores del pobre; abrir suntuosos palacios donde fueran honradas y consoladas la enfermedad y la pobreza; mecer en sus brazos y estrechar contra su corazón á los inocentes huérfanos que dejan abandonados la muerte, la miseria ó el crimen; buscar á los viajeros y peregrinos, en caminos extraviados ó entre nieves eternas, para ofrecerles hospitalidad; tocar con sus manos virginales, todas las llagas del corazón humano y derramar, por fin, torrentes de beneficios, de su seno maternal, en el abismo de todas las miserias.

Pero nada es todo esto, señores, en comparación de todo lo que ha hecho, para consolar y enaltecer á los infelices esclavos. Sus riquezas, sus honores, sus amenazas, sus lágrimas, sus indulgencias, el sudor de los misioneros y la sangre de sus venas: todo lo ha prodigado para hacer triunfar en el mundo la santa causa de la libertad humana.

Escuchad, señores, el hermoso testimonio de amor y de ternura, con que inauguró S. Pablo esta brillante carrera de abnegación y sacrificio. Escribe á Filemón, intercediendo por un esclavo desertor, y le dice: "Te ruego por mi hijo Onésimo, á quien he ganado

(1) Actas de los Apóstoles, Cap. I. v. 1,

para Cristo en las prisiones.....Recíbelo como á mis entrañas..... no ya como á siervo, sino como á mí mismo.....si te ha hecho algun daño ó te debe algo, yo respondo de todo”.

La Iglesia continuó siempre esta noble protección á los siervos y escaló, intrépida, las alturas del heroísmo, en alas de una caridad sin límites. Contempladla, señores, aplicada á esta grandiosa obra.

Gervasio y Protasio, hijos de mártires, dieron su patrimonio á los pobres y la libertad á todos los esclavos de su casa, entregando en seguida sus cuerpos á los azotes y á la segur del verdugo [1]. Paulino, Obispo de Nola, es alabado por S. Agustín, por haber empleado todos sus caudales en la redención de los cautivos y haberse entregado, él mismo, en servidumbre á los bárbaros, para rescatar al hijo esclavo de una infeliz viuda (2). El joven Eligio gastó sus riquezas en comprar á los esclavos que llegaban á Francia, los llevaba á París, los presentaba al Rey y los declaraba libres. El Concilio de Armach, en Irlanda, en el siglo XII, concedió la libertad á todos los esclavos ingleses; y muchos otros Concilios dispusieron que se gastasen los bienes de las Iglesias en la redención de los siervos y que los obispos les dieran cartas de recomendación, en que constase la fecha y el precio de sus rescates, á fin de prevenir su libertad de nuevos atentados (3). Pedro Nolasco, Ramón Nonato, Simón de Rojas y otros mil se entregaron voluntariamente en cautiverio, para redimir á sus hermanos, y sufrieron alegres, las vejaciones y tormentos de amos crueles é implacables. Este generoso heroísmo fué

(1) Breviario romano, lecciones de San Gervasio y Protasio.

(2) Id. Lecciones de San Paulino.

(3) Concilio de Lyon, del siglo. 7o.

materia de un voto obligatorio de las Ordenes religiosas consagradas á la redención de los cautivos. Hay muchos apóstoles de la libertad, que no darán un vaso de agua, ni se inclinarán á mirar siquiera, á un infeliz esclavo. Pero los misioneros del Evangelio han ido á buscarlos, como el avaro busca el tesoro perdido, para qué ¿señores? para besar sus cadenas, curar sus llagas, dulcificar su servidumbre, consolar sus infortunios, abogar por su causa, santificar sus almas y enviarlas al cielo á respirar la felicidad de los bienaventurados, en una gloria inmortal.

Ved, señores, á un ilustre joven, que besa, por última vez, el suelo querido de su patria, renuncia á los afectos mas legítimos de su corazón, desafía impávido las tempestades del Océano, arrostra la insalubridad del clima, y va á buscar á tres mil leguas de distancia la única gloria de consolar y de servir á millares de negros esclavos, considerados como la vil escoria del género humano; vedlo y contempladlo, señores; é inclinaos, con respeto, ante esta radiosa figura de la caridad, ante Pedro Claver, que recibe hoy el culto de los Santos.

Pasemos en silencio, señores, la nobleza de su cuna, las virtudes de su infancia, su entrada á la Compañía de Jesús, sus progresos en las ciencias, en los colegios de Mayorca y de Santa Fe de Bogotá, para admirarlo, en el teatro de su apostolado, en la ciudad de Cartagena, cerca de sus queridos negros, que llegaban, á millares, de las costas del Africa.

El tráfico de estos desgraciados hacíaase, entonces, en grande escala, de manera que llegaban como doce mil cada año, á quella ciudad del Atlántico, para distribuirse después al continente americano. Los buques que los conducían eran cloacas flotantes, en que yacían confundidos los enfermos y los sanos, hambrientos y desnudos todos, con las almas llagadas por el

odio, y los cuerpos nauseabundos y heridos por la miseria y por el látigo.

Informábase cuidadosamente nuestro Santo acerca de la llegada de estas naves; y, al saberla, iba humildemente de puerta en puerta, pidiendo limosna, para procurarles alimento, vestidos, medicinas y otros regalos con que agasajar á los negros, al mismo tiempo que allegaba en el puerto, carros, camillas y acémilas para conducir á los enfermos y más necesitados. Su presencia á bordo producía en aquellos desgraciados, las más dulces y tiernas emociones. A todos los abrazaba como un cariñoso padre; daba de comer á los hambrientos, vestía á los desnudos, curaba á los enfermos, acariciaba á los niños; y, primero, con signos, luego por medio de intérpretes, que pagaba con sus limosnas, y al fin con sus propias lenguas, que aprendió, con grandísimo esfuerzo, los consolaba á todos y les prometía socorrerlos y servirlos, en todas sus necesidades. El mismo desembarcaba á los más enfermos y fatigados, llevándolos sobre sus hombros. Instalados los negros en sus aposentos, reuníalos Claver, se postraba de rodillas delante de ellos, mostrándoles su Crucifijo, y, con lágrimas en los ojos, les decía que este era el Dios misericordioso, que estaba pobre, desnudo y llegado como ellos, por salvarlos, y que les prometía una gran recompensa, si sufrían con resignación los trabajos y penalidades. En seguida, les enseñaba á santiguarse, repetía con ellos la doctrina cristiana, hasta que todos la aprendieran, preparándolos á recibir el santo bautismo. Así catequizó á cuatrocientos mil negros, en los cuarenta años de su apostolado. Para avalorar debidamente el mérito de tan gloriosa empresa, hay que fijarse en que la ignorancia y superstición de los esclavos, las enfermedades de que adolecían, los repugnantes vicios á que se entregaban, la melancólica desesperación que

dominaba sus almas y los duros trabajos y malos tratamientos que los abrumaban oponían obstáculos casi insuperables á la misión de nuestro santo. Pero la caridad de Claver todo lo vencía, señores, y se hace todo para todos, para ganarlos á todos [1]. Predicaba y confesaba constantemente, curaba á los enfermos, cuyas llagas lavaba él mismo, besándolas muchas veces; auxiliaba á los moribundos, como un angel del cielo, que les mostraba el camino del Paraíso; apaciguaba las discordias, aplacaba la cólera de los amos, y era, á la vez, párroco, maestro, médico y juez de la numerosa colonia de esclavos esparcida en un territorio de muchas leguas.

Así cumplió, señores, nuestro Santo el voto que hizo de consagrarse por completo, al servicio espiritual y corporal de los negros. Unió este voto á los de su profesión religiosa lo escribió; y firmó en seguida: *Pedro Claver siervo de los negros esclavos, para siempre*. Sí, para siempre, señores, porque murió rodeado de sus negros, en la misma ciudad de Cartagena, y voló al cielo á recibir la inmarcesible corona de su Apostolado.

La América ha cosechado los frutos de la predicación de los ejemplos y de las misiones del sacerdocio católico. Los esclavos transfigurados por la Religión fueron sucesivamente objeto de la compasión, del respeto y del cariño de sus amos. Formaron familias honorables, ligadas á las familias de sus señores, mas que por los odiosos vínculos del dominio, por los suaves y nobles de la gratitud y la lealtad; viéndose en ocasiones, el admirable espectáculo de que antiguos siervos de casas opulentas, decaídas por la injuria de los tiempos, diesen pan á sus dueños, con su trabajo voluntario.

(1) Ep. 1.ª á los Corintios. Cap. 9, v. 22.

La esclavitud no era, pues, sino un nombre y una sombra, sobre todo, en las grandes ciudades, cuando llegó la hora de los políticos y de los legisladores. Líbreme Dios, señores, de disminuir su mérito, ni de empañar sus glorias; pero reconoced conmigo que encontraron una sociedad preparada por el Evangelio para recibir la saludable reforma sin conmociones ni trastornos.

Hoy, señores, el Sol esplendoroso de la libertad humana derrama sus benéficos rayos sobre todos los horizontes de la América, gracias al celo del Episcopado brasilero, á la noble Princesa y dignas matronas de vecino imperio, que dieron libertad á sus esclavos, estimulando con su ejemplo al Parlamento imperial á que sancionara por fin, la inspirada ley de la abolición de la esclavitud en el Brasil [1].

Pero la humanidad no está limpia aún de esta asquerosa lepra. Un mercantilismo judaico sostiene todavía este abominable negocio en las abrazadas arenas del Africa y en las comarcas florecientes del Asia. Pero, no temáis, señores, porque no callará el centinela avanzado de los derechos del hombre. León XIII, rodeado por la refulgente aureola de sus bodas de oro, que han sido la verdadera Epifanía del Pontificado, ha levantado su voz, para condenar de nuevo, el tráfico de esclavos, y para declarar, ante el mundo, que, entre los homenajes y obsequios que ha recibido de los soberanos y de los pueblos, con motivo de la fiesta jubilar de su sacerdocio, ninguno ha conmovido más su corazón paternal como la abolición de la esclavitud en el Brasil. [2].

(1) Ley de 13 de Mayo del presente año,

(2) Este documento ha sido un breve resumen por el cable; pero, aún no se conoce su texto completo.

La América te lo agradece, ¡oh ilustre Pontífice! como igualmente la gloria que le resulta de la exaltación de Pedro Claver, siervo y Apóstol de los negros esclavos, á los honores de la santidad; y te lo agradece, con más ardor, porque, cuando tú pronunciabas en el Vaticano el oráculo infalible de la canonización de Pedro, sonó la hora final de la esclavitud en su suelo virginal, y se rompieron, para siempre, las últimas cadenas de la servidumbre. (1)

Gloria por gloria, señores. El Continente americano ha correspondido á la apoteosis de S. Pedro Claver, apóstol de los esclavos, dando al mundo, con la frente radiosa de alegría, esta fausta noticia: Ya no hay esclavos en América.

Se dice, señores, que la República Argentina piensa erigir un monumento grandioso, que perpetúe el suceso trascendental de la abolición de la esclavitud. Yo me asocio, con mi palabra y con mi aliento, á este generoso proyecto, porque, si lo inspira la gratitud y la justicia, la parte más noble y principal ha de tocar á la Religión. (2)

Pero sea de esto lo que fuere, está ya erigido en el mundo el monumento imperecedero de la libertad humana, que no será destruído, ni mutilado, ni falsificado: es la cruz de la redención, señores, que tiene pendiente en sus abiertos brazos, como trofeos de victoria, todas las cadenas de la esclavitud. (3)

¡Oh! Iglesia Santa! Gózate y regocíjate (4). Le-

(1) Es una coincidencia digna de llamar la atención la de que el 15 de Enero fué canonizado Pedro Claver, y el 13 de Mayo se dió la ley de abolición de la esclavitud en el Brasil, única región de América, donde quedaba esclavos.

(2) Esta noticia ha sido transmitida por la prensa periódica

(3) Ep. de S. Pablo á los Colosenses, Cap. 2, v. 14

(4) Isaías, Cap. 61, v. 10

vanta tus ojos y ve (1); abarca con tu mirada la extensión de los siglos y la universalidad de las naciones; y abre tus oídos y dilata tu corazón (2), para recibir el himno grandioso de gratitud, con que llenan la Historia, los agradecidos pechos de las inmensas legiones de esclavos redimidos por tu celo. Salve oh Madre de la verdadera libertad! Tú has quebrantado nuestras cadenas; á tí sea dado el honor, la gloria y la alabanza. *Dirupiste vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis* (3)



(1) Íd. Cap. 60, v. 4
(2) Íd. Cap. 60, v. 5
(3) Salmó 115, v. 16.



→ APÉNDICE ←

